

Mañana, día 28

se pondrá á la venta el segundo libro de

Los Grandes Filmes

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

El triunfo de la mujer,

cuyo asunto cautivará
los corazones sensibles.

¿Le gustó á usted

Los Hijos de Nadie?,

pues lea usted también

El triunfo de la mujer

TODA ESPAÑA LO LEERÁ

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 75

25 cts.



«RELÁMPAGO»

por
Wallace Reid
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Gran Vía Layetana, 17
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 75

“RELÁMPAGO”

por el inmortal “as” WALLACE REID

Paramount Pictures Corporation

Concesionarios: SELECCINE, S. A.
Ronda Universidad, 14, Entresuelo.-Barcelona

Programa Ajuria

Argumento de la película de dicho título

—¡Al loco, al loco!—gritaban los campesinos— ¡Detenedlo, que es el verdugo de nuestras gallinas!

Pero sus lamentos caían en la polvoreda que levantaba el alienado con su satánico aparato... y los de los policías que le iban en pos.

El demente peligroso, ejecutor de toda clase de animales de corral que andaban sueltos por los caminos frente á las granjas á que pertenecían, era Enrique Carr, un joven americano la mar de intrépido y regocijante, apodado por sus íntimos «Relámpago», una especie de Atila con neumáticos, el cual empezó atropellando las Ordenanzas Municipales y no parecía decidido á detenerse hasta apuntarse en su larga lista de crímenes avícolas, porcinos y otras hierbas, el fenecimiento de la mula del tío Genaro, pongamos por caso.

Como era rico, «Relámpago» no pasaba apuros y los hechos que para otros hubieran sido disgustos, para él eran motivo de deleite.

A su desahogada situación de fortuna vino un día á añadirse una herencia espléndida, que un tío suyo, residente en Los Angeles, habíase encargado de administrar por su cuenta, en calidad de tutor, hasta su mayoría de edad recientemente alcanzada.

De manera que, para entrar en posesión de su dinero, «Relámpago» hubo de decidirse á trasladarse al lado de su pariente.

La víspera de su viaje á Los Angeles, nuestro héroe fué obsequiado por sus amistades con un banquete de despedida.

No faltaron lindas damiselas que realzaron con su agradable asistencia la belleza de la fiesta.

A los postres, un niño representando á Cupido obsequió á Enrique con un par de zapatos de raso, femeninos como se supone.

Esta sorpresa, preparada por los amigos, tenía su significación; esta, por ejemplo: la doncella de las allí reunidas que pudiese calzarse los aludidos zapatos, sería la mujer que el destino le elegía por novia y cuyo recuerdo bastaría para que «Relámpago» regresara pronto á la capital.

Prestóse á la broma Enrique, y todas, una por una, intentaron la suerte de prometerse con él; pero ninguna lo logró. ¡Entre ellas no se hallaba la Cenicienta del Príncipe automovilista!

Después de largo rato de verse convertido en dependiente de zapatería, «Relámpago» renunció á la ilusión de colocar su material anunciado con el sugestivo reclamo de regalarselo él mismo.

Y dijo al fin:

—Me parece que tendré que ponérmelos yo. Entristecieron los rostros de las gentiles hadas y se rieron sonoramente los hombres ante su desencanto.

—¡Se me ha ocurrido una ideal—exclamó de súbito Enrique—. ¡Me los llevaré y acaso encuentre en el camino unos «pinrelitos» que puedan calzárselos!

Al día siguiente, con el sol, salió Enrique para Los Angeles con su compañero de aven-



.....y todas, una por una, intentaron la suerte de prometerse con él;...

turas, un tan milagroso automóvil que ni Sansón, con ó sin Dalila, hubiera podido dominar luego de ordenarle Enrique: «echa p' delante».

Al cabo de dos días de devorar el espacio, de consumir gasolina y de sacrificar osados irracionales que le salían al paso, «Relámpago» acampó, para pasar la noche, á unas mil millas, ó cosa así, del lugar á donde se dirigía.

En su coche llevaba Enrique, además de

una mesa y abundancia de provisiones, un dormitorio completo plegable con su correspondiente mosquitera, ó sea, una cama con todos sus accesorios; una silla para depositar en ena sus ropas, no de calle precisamente diremos, sino de carretera, á cambio de su traje de dormir; y una tela impermeable ó tienda de campaña.

No lejos de donde Enrique se disponía, después de preparar su abrigo y su lecho, á cenar, otros «distinguidos turistas» que marchaban también hacia el Oeste... usando medios de locomoción apropiados á su rango, eran sorprendidos por un empleado debajo de un vagón del tren que recorría aquellos apacibles lugares y que hubo de detenerse un momento por ligera avería.

Abandonados, pues, al claro de luna, sin más consuelo que un escaso yantar, los «notables viajeros» se internaron en el bosque violentándose el magín para encontrar una solución á su fallido proyecto de viajar gratis.

Probablemente más que el azar, el olorcillo á finos manjares fué lo que atrajo á los pájaros de cuenta al campamento de «Relámpago», y se lamieron los dedos contemplándolo en la sabrosa operación de llenarse el estómago.

Como ellos tenían por costumbre no pensar en nada bueno, concibieron de mutuo acuerdo, couseñándose con la mirada y algunas palabras muy quedas, sacar provecho de la ventaja que sobre Enrique les daba la condición de ser tres.

Esperaron, pues, el dominio completo de las sombras para realizar su plan.

A las nueve y media en punto de la noche acostóse Enrique sin recelo alguno, como si estuviera en su casa de Nueva York, y en pi-

jama. ¡Lo que dirían sus íntimos si lo viesen recogiendo á tal hora!

Antes de entregarse al sueño, «Pelámpago», pensando en su tío, leyó una vez más la carta que él le enviara y que decía lo que sigue:

«Querido sobrino:

Hállome ahora en Los Angeles, pero creo que tendré que volver á las minas de un momento á otro, de modo que probablemente no me encontrarás cuando vengas á hacerte cargo de tu herencia. En caso de que necesitaras dinero, inclúyote una carta para el Banco Continental, que te abrirá todo el crédito que necesites.

Tu tío que te quiere JUAN».

Una postdata le evocaba risueñas memorias de antaño. Era para regocijarse con ella por lo que había desdoblado de nuevo la carta. He aquí su texto:

«¿Te acuerdas de aquellos días en que te enseñaba á pescar, grandísimo picaro?»

Si que se acordaba...

Ajeno de la mala partida que se tramaba en silencio contra él, durmióse Enrique como un bendito.

La media noche no dió en ningún reloj de torre porque allí no las había, pero fué señalada por la elocuencia de la naturaleza envuelta en densas nebruras.

A esa hora de los misterios y de los aque-larres tenían que dar el golpe los malhechores al acecho.

Y lo dieron, sin que nadie los estorbese, llevándose desde el auto hasta las ropas y la tienda de campaña del sportman, el cual en aquel momento, en sueño, se paseaba desde la puerta del Sol, de Madrid, hasta la Plaza de Cataluña, de Barcelona, y vice-versa en su auto.

La brisa matutina se hizo sentir en el cuerpo

del desvalijado, despertándolo para brindarle el saludo de la protuberancia del nuevo día.

—¡Mi madre!—exclamó Enrique al verse en la bonita situación en que le dejaron los ladrones—. ¡No me respetaron ni la camisa! Demonio de gente. ¿A dónde voy yo á buscar ropa en pijama y descalzo? Me van á creer completamente vuelto al revés y mi compostura no es para menos. ¡Ah, mi reloj! ¡Ola preciosidad! ¿Cómo te escapaste *de la quema*? Pa-



Y lo dieron, sin que nadie los estorbase, llevándose...

ra un hombre *de orden* como yo, un cronómetro basta. Animo pues; á ver qué diablo tendrá la buena idea de pasar por aquí para ayudarme á salir de este moderno paraíso.

Venciendo su pudor, Enrique cubrióse con una manta y echó á andar hacia la vía del tren. Las piedras y zarzas del camino le lastimaban los pies, y para evitarse este calvario sacrificó la manta para, partiéndola en dos, protegerse aquéllos.

La providencia le mandó, unas horas después, una familia campesina compuesta de un matrimonio bobo y una hija de la misma pasta, que viajaba en un Ford colmado de fardos, entre los que se contaban esas tres personas.

—Disimulen ustedes mi atavío—les dijo Enrique colocándose delante del auto—. Veo que el cielo se apiada de mí puesto que, como yo, ustedes van á Los Angeles si dice verdad ese cartelito.

—Si señor: á Los Angeles ó reventamos.

—Eso es lo que yo pensé... ¡Pero *me reventaron!*

—¿Quiere decir que le han robado?

—Sí, mientras me hallaba durmiendo mi auto emprendió la fuga. Es cierto que tenía marcha automática...

—¡Pues sí que lo han lucido á usted!—exclamó el padre.

—¡Suerte que tiene uno!

—¡Una suerte estupenda, ya lo creo!

—¿Podrían ustedes darme ropa y admitirme en su *omnibus*?

El cabeza de aquella familia consultó el caso con su esposa quien, aceptando, contestó ella misma á Enrique:

—Le prestaremos la ropa de trabajo de mi marido... Es pobre, pero decente.

Enrique no pudiendo escoger, tomó el traje que se le ofrecía. En verdad, no podía decirse menos de que era pobre, y en cuanto á decente lo hubiera sido si no tuviera tanto descosido y un palmo, milímetro más ó menos, de grasa en el cuello y las mangas.

La nota final, colmo de su *buena* estrella, la ponía el amable ofrecimiento de la mamá de sentarse en el auto al lado de la encantadora hija... que exhaló otro suspirito. ¡Estaba aviado Enrique!...

En su oficina, en el Banco Continental de Los Angeles, el Presidente Donald Mac Pherson estaba organizando un Sindicato, en el cual se proponía interesar á Juan Ogden, tío de «Relámpago» y administrador de los bienes de este vertiginoso joven, que discutía sobre el asunto con él.

Después de larga conversación, el señor Ogden contestó al señor Mac Pherson:

—Creo poder prometerle una respuesta satisfactoria. Se la daré en cuanto regrese de las minas.

—Muy bien.

—Pasemos ahora á otra cosa. Ese pícaro de mi sobrino, Enriquito Carr, está por llegar de Nueva York. No he visto al tunante desde que era un mocosillo. ¡Hoy debe ser un hombre! Bueno, pues, como cuando él llegue, yo habré salido para las minas, si se presenta en el Banco por dinero denle todo lo que necesite.

—Así se hará, señor Ogden; yo mismo recibiré á su sobrino.

Sobre estas palabras se separaron los dos hombres de negocios, y horas más tarde partía el rico minero hacia sus posesiones.

Los días de viaje en automóvil tenían que dar fruto á «Relámpago», y se lo dieron, adornándole el rostro con una barba imponente que daba á su semblante un aire... no de jota precisamente, sino de forzado de Cayena.

Pero habían de llegar y al fin llegaron.

Y se notaba que ya se hallaban en Los Angeles, porque la gente, al revés de lo que ocurría en Nueva York cuando él quemaba con sus neumáticos el pavimento de las avenidas, que se volvía y lo contemplaba, boquiabierto, lo miraba, pero para reirse de su ridículo ata-

vío entre los tres campesinos curiosos de ver instalados en el providencial Ford que llegó entero á destino.

Mientras el cuarteto «Relámpago» y sus tres protectores, se exhibían por las calles de la agitada ciudad, en su despacho de la casa de Banca, el señor Mac Pherson veíase interrumpido en sus reflexiones por Sarita, su hija única y mimada, un verdadero ángel de Los Angeles.

—Te voy á dar, papaito, una sorpresa morrocotuda—le dijo con zalamería—. He encontrado una verdadera ganga, un «torpedo» de segunda mano.

—¿De modo que todavía sigue en pie tu deseo de consagrarte al deporte automovilístico?

—Ya sabes que este es mi mayor anhelo de mucho tiempo acá.

—No me retracto en mi promesa de complacerte en la primera ocasión que se presentase. Dime, pues, á qué marca pertenece el coche de que me hablas.

—¿La marca?... No me he fijado en este detalle... ¡Lo único que sé es que tiene una línea preciosa y un color divino!

—Eso no basta...

—Lo único que tú tienes que hacer, papá, es pagarlo. De lo demás, yo me encargo. ¿Aceptas?

—Como al fin y al cabo el auto ha de ser para tí, prefiero no inmiscuirme en su elección, evitándome de esta forma futuras responsabilidades en caso de que tu «torpedo» te resulte un «petardo».

Sarita hizo firmar á su padre un cheque para pagar el auto, y mientras ella se despedía de él, «Relámpago» se apeaba frente al Banco y testimonió su reconocimiento á sus protectores—uno de los cuales, la niña ilusa, estaba triste—, de la siguiente manera:

—Hasta la vista, amigos. No olvidaré lo que habéis hecho por mí... y ya tendreis noticias mías muy pronto.

Alejóse de ellos Enrique, y los ojos de los campesinos le siguieron buen rato, exclamando el padre, en un momento de duda:

—¡Ahí va mi mejor ropa de trabajo! ¡Dios sabe si volveré á verla!

—Es algo aventurado lo que hemos hecho —añadió la esposa—. Pero parecía un muchacho bien... hasta que le creció la barba.

Su mezquindad estuvo á punto de anular su primer gesto de nobleza, yendo á reclamar á «Relámpago» el traje y botas prestados; pero una nueva chispa de confianza los hizo cambiar de idea y decidieron esperar la devolución de las prendas.

La casualidad hizo que Enrique viese á Sarita salir del Banco y tan agradable visión lo distrajo de sus pensamientos, entre los cuales, el de tener que ir á casa del peluquero si quería presentarse como el distinguido Carr... en lugar de car...bonero.

Pero como era rico, Enrique no tuvo ningún reparo en entrar al Banco conforme iba, y con paso firme llegó hasta la ventanilla de la Caja.

El cliente que iba delante de Enrique se aseguró bien sus bolsillos, pues éste no le inspiró confianza á simple vista... y temía que precisamente se perdiera de *vista*...

Claro que la poco atenta acogida dispensada por Los Angeles, disgustaba á Enrique, porque no siendo ateo, sino un muchacho que todavía guardaba una colección de estampas de su primera comunión, no comprendía el motivo por el cual Los Angeles le volvían la espalda...

Acostumbrado á atropellarlo todo, no intimidóse ante la hostilidad de nuevas caras, y

con esa tranquilidad que la riqueza da al que la posee, Enrique, al tocarle el turno, dijo al cajero mientras éste, que no era miope pero que sabía fingirlo cuando le convenía, le miraba de piés á cabeza y vice-versa:

—Me llamo Carr... «Relámpago»... del viejo Nueva York, quiero sacar unos cuantos miles de dólares. ¿Qué crédito tengo yo aquí?

—¡Ni el valor de un pitillo, á lo que veo!—le contestó amoscado el cajero.

—¡Chistes, no! Soy Enrique Carr... el sobrino de Juan Ogden... Necesito dinero y me lo van á dar.

—Lo siento mucho, pero no puedo complacerle en tanto que no exhiba alguna carta de crédito—añadió el empleado, cada vez más sorprendido y seguro de que se las había con un guasón.

—¿Cartas de crédito? ¡Ya lo creo! ¡Tengo los bolsillos llenos de ellas!—repuso Enrique palpándose los vestidos.

Un ordenanza del establecimiento, en funciones de guardia, se acercó á Enrique, obedeciendo á una señal del cajero.

—¡Córcholis! ¡Pues es verdad!... —exclamó Enrique, recordando lo que le sucediera;—tenía tantos documentos acreditativos de mi personalidad como quisiera, ¡hasta que me los robaron!

—¡Qué casualidad! Vaya, vaya, deje la ventanilla libre y salga á tomar el fresco...

—Pero, señor...

—Haga usted el favor de que yo no se lo haya de decir de otro modo—intervino el ordenanza—. Esto ni es banco de taberna ni banco de paseo.

—Oiga, amigo, ¿me ha tomado usted por un pito de sereno? Anúncieme al Director y luego arreglaremos cuentas.

—¡Ea! Salga por las buenas ó de lo contrario no le van á salir baratas sus chanzas. Ala, hombre, ala, vaya á contar sus imbecilidades en otro sitio.

—¡Está bonito! Bien, amigo, bien, es usted un buen perro para echar á la gente. Tiene usted suerte de que yo sea un fresco; pero ya nos veremos en otra ocasión.

—Salga de aquí le repito, ó van á ayudarme mis piés.

—¡Quiá, hombre! Guárdelos para mejor ocasión. ¡Usted no sabe lo sabrosos que son los piés de cochino con patatas!

—Si no fuera...

—¡No te irrites, Pepe, que te vas á quedar sin muelas!

—¡Que el diablo cargue contigo!

—¡Así te vea un día mi auto... y te dé un susto!

El Director Mac Pherson vió la expulsión de Enrique, y para enterarse de lo que había ocurrido preguntóselo al cajero desde la ventanilla.

—Era un sujeto muy extraño—respondió el aludido.

—Tenía todo el tipo de un dinamitero—dijo el ordenanza de regreso de cumplir su misión—. Le puse de patitas en la calle.

—¿Y qué quería ese hombre?—insistió el Director.

—¡Pidió dinero!—le informó el cajero— ¡Es un vagabundo!... Dijo que se llama Carr.... Carr, «Relámpago».

—¡Carr, Relámpago! ¡Caracoles! ¡A ver si ha arrojado usted al sobrino de Juan Ogden en persona!

—¡Ah! Yo no sabía...—se excusó confundido el cajero.

—¡Vaya á buscarlo, ordenanza!—ordenó el

Director preocupadísimo—¡Tráigamelo en seguida! ¡No quiero exponerme á una plancha!

El empleado encargado de la vigilancia ejecutó inmediatamente la orden de su Director, pero fueron estériles sus buenos propósitos de enmendar la falta de cordura en que tanto el cajero como él habían incurrido.

Mientras el Director del Banco se daba á todos los demonios por la mala pata de sus subordinados, Enrique, rindiéndose á la evidencia de que debía cambiar de indumentaria para ser lo que era en realidad, telefonó á dos amigos suyos que residían en Los Angeles, para pedirles una entrevista al objeto de sacarlo del apuro en que se hallaba, pero como se lo figuraba, el uno estaba de viaje y el otro seguía en Francia desde hacía dos años.

Ante el fracaso de sus tentativas de obtención de dinero en las únicas casas que estaban abiertas para él en la localidad, Enrique se resignó, disgustado contra sí mismo por el caso inaudito que le estaba pasando, á telegrafiar á Nueva York á otro amigo y á esperar la remesa de fondos solicitada.

Mientras se decidía por esta cuestión en la cabina telefónica desde donde comunicó con los criados de sus amistades ausentes, su vista posóse casualmente en un nombre escrito en gruesos caracteres sobre el listín de abonados, y exclamó con curiosidad:

—¡Barry Cole! ¿Quien será este punto? ¿Un favorecido de la suerte como yo?

Sin recursos para hacer frente á las imperiosas necesidades de todo aquel que vive, tiene boca y un estómago que no admite razones, Enrique, habiéndosele perdido el tío que le correspondía por derecho propio, decidió recurrir al primer tío que se le pusiera á tiro.

No tuvo más remedio que empeñar su reloj

á un prendero que pagó por él una suma insignificante, y creyendo conveniente, en tales trotes, guardar un discreto incógnito, dió el nombre de Barry Cole que se había grabado, no sabía por qué, en su memoria.

Al día siguiente, el amigo de Nueva York á quien Enriquè telegraficara la víspera, llenóle sus bolsillos de dinero. Y después de equiparse, es decir, transformarse en el verdadero Carr de salón, fué á dar un paseo por Los Angeles, en espera de la hora de apertura del Banco, pues sería la una y media de la tarde.

En el jardín de su preciosa quinta, el señor Mac Pherson, revisaba la magnífica ganga de color divino que, con su dinero, compró su hija, ó sea, el auto.

Era, en realidad, majestuoso el coche; pero de mecanismo complicado, incomprensible para la joven, por cuya razón la dijo:

—No te metas en camisa de once varas, Sarita, y deja ese coche en manos que lo entiendan. He telefonado á la Agencia Judd para que manden en seguida un *chauffeur*.

—¡Si no lo toco, papá! ¡Limpio los metales y mira cómo brillan!

—¡Ya veremos cuanto tiempo durará tu capricho!

—¡Siempre, papá! ¡Ya verás cuando yo sepa conducirlo! Te llevaré todos los días al despacho.

—Lo pensaré... Antes veré en qué condiciones me aseguran la vida.

—¡Oh, papá! ¡No tengo la intención de matarte!

—Por si acaso, Sarita...

Desde Eva hasta ^{***} nuestros días, las mujeres han hecho siempre lo contrario de lo que se las dice. Sarita no era una excepción á la re-

gla, y en poco estuvo que su curiosidad no pusiera su vida en peligro, pues manejándolo imprudentemente, sus manos tocaron el arranque automático, y el coche emprendió la marcha por el jardín, deteniéndose, por fortuna, gracias á la oposición de un costado del invernadero, que derribó en parte.

Enrique fué testigo de la hazaña de Sarita y lanzóse en su auxilio, celebrando que ella no hubiese sufrido más contratiempo que una fuerte sofocación que arrebolaba espléndidamente su gracioso rostro, y pasmándose de ver ante sí á su propio auto de carreras. ¡No había ido á parar á malas manos!

Por si la simpatía que de repente sintió hacia Sarita no fuera bastante, Enrique la aumentó con la inmensa alegría que tuvo al verla calzada con los zapatos de raso que colocara, el día de su partida de Nueva York, en una cartera del auto y que ella, explorando todos los rincones, descubrió, poniéndoselos por ser nuevos.

La aventura del coche podría titularse nuestra novelita, pues á los hechos ya reseñados se añadirán otros muy sugestivos.

Sarita miró á Enrique, contestando á su festivo saludo con una ligera sonrisa de confianza. El también le había sido, así, de golpe, simpático.

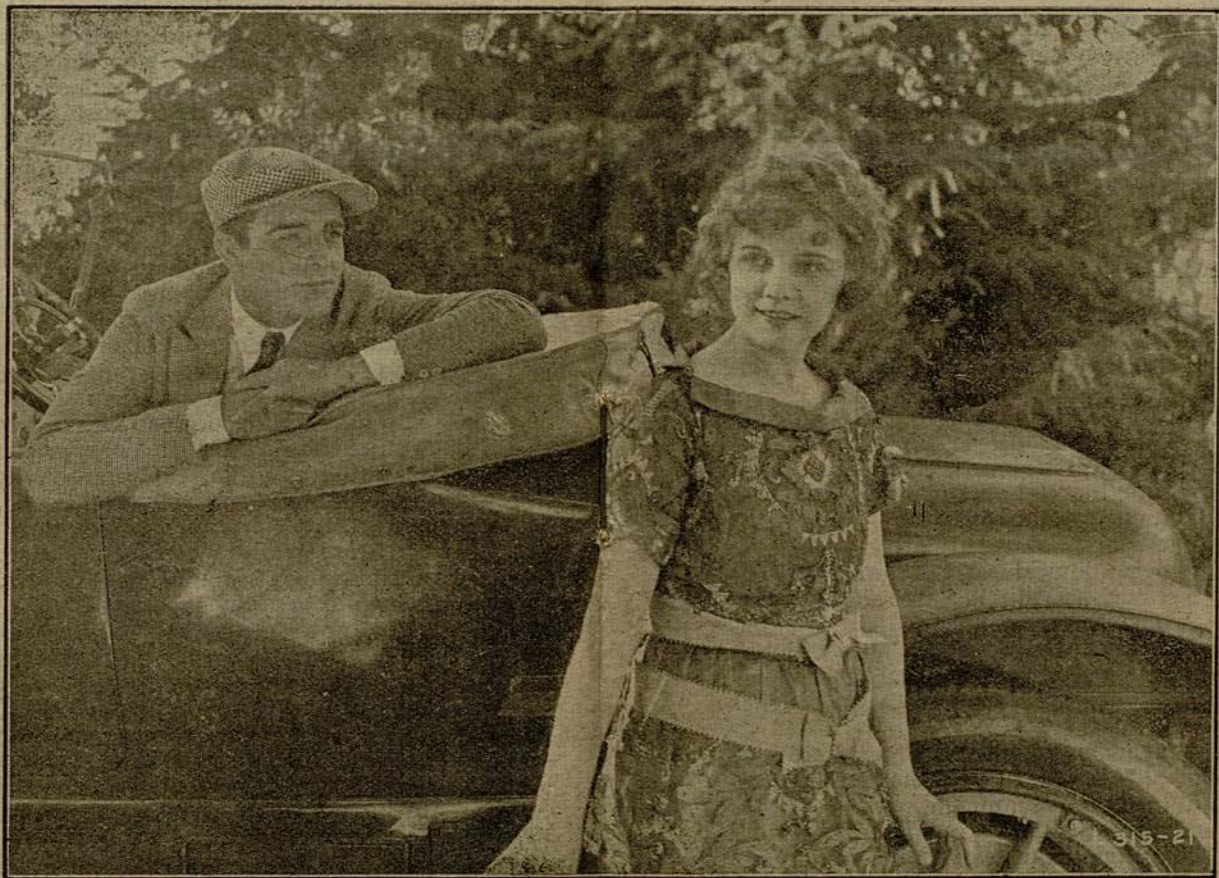
—¿Suele usted siempre aterrizar en los jardines? —la interrogó él riéndose.

—Este es el primer coche que he manejado.

—Ya lo he visto. Si me permite, voy á sacarlo de este atolladero.

—¿Usted sabe?...

—Un poco... ¡Vaya unos destrozos ha causado el cochecito! ¡Es de cuidado!... ¿Ve usted? Ya está. Ahora que la recomiendo no embista de nuevo el invernadero, porque si lo hace,



— ¡Yo mismo empiezo ya á creer que me haré viejo en su casa, señorita!

esta vez no deja usted de él más que el recuerdo.

—No voy á tocar más el auto hasta que haya recibido las suficientes lecciones para ello. ¡Qué bien lo maneja usted!

—Es muy natural, señorita. Este auto precisamente lo conozco muy bien... como si fuera alguien de mi familia...

—¡Ah, ya caigo! ¡Usted es el *chauffeur* que nos manda la Agencia, ¿no?

—¿Eh?... —preguntó Enrique extrañado. Pero comprendiendo en el acto que podía correr una nueva y original aventura, agradable en toda la extensión de la palabra, por ser Sarita un primor de muchacha, añadió:

—¡Ah, sí!... Desde luego... Soy el nuevo *chauffeur*.

Si hubiésemos podido ver lo que pasó en el corazón de Sarita al oír lo que dijo Enrique, lo relataríamos; pero no es aventurado asegurar que el toc-toc de ordinario incrementóse hasta desconcertarla.

Buen observador de las mujeres, gracias á la experiencia adquirida en sus andanzas galantes, Enrique adivinó la favorable acogida de que le hacía objeto, á simple vista, la monísima Sarita, su Cenicienta según la casualidad. Queda, pues, explicado el por qué de su determinación á quedarse á su lado, á sus órdenes y á sueldo, claro está.

La intervención del padre de Sarita ató bien los cabos del compromiso tomado por Enrique. Ella hizo la presentación.

—Papá, este es nuestro *chauffeur*, el señor...

No quiso tampoco Enrique, mucho menos á ellos, para divertirse más al final de la farsa, darse á conocer, y como cuando empeñó su reloj dió el nombre leído en el listín de teléfonos.

—Barry Cole—dijo, pues.

—Bien. ¿Dónde está su licencia?

Simuló buscarla en sus bolsillos Enrique y, finalmente, contestó:

—Debo de haberla dejado en la Agencia.

—Tráigamela usted luego... Hasta la noche, niña.

—¡Adiós papá!... Señor Cole, se habrá fijado usted en que papá es muy seco y autoritario. Pero en cuanto lo conozca mejor le encantará... Nuestra gente no se marcha de casa ni á tiros...

—¡Y hace bien!—asintió Enrique.

Miróle Sarita como queriendo saber qué era lo que le aseguraba á Enrique que *la gente hacía bien* en no marcharse de su casa, mas el encuentro de sus miradas la turbó extrañamente.

Enrique, entonces, con el más atento respeto y sabia cortesía, prosiguió:

—¡Yo mismo empiezo ya á creer que me haré viejo en su casa, señorita!

Fuera ó no para ocultar la cara alegre que las iniciaciones de Enrique le pusieron, le abandonó Sarita algo bruscamente, cual si hubiera querido marcar la distancia á conservar entre un empleado y una *señorita*.

Cuando quedóse solo, Enrique se dijo mientras se apoderaba del volante de su coche:

—¡Bravo, Relámpago, tienes suerte! Hagamos honor al apodo. Volemos hasta la Agencia, agarremos este magnífico empleo, ¡y á conseguir la licencia aunque me haya de costar lo que me costare!

Hombre recto, Enrique devolvió á los campesinos que se las prestaron, las ropas de trabajo con que se presentó en Los Angeles, y en el paquete les puso unos billetes. La humilde familia bendijo la honradez y prodigalidad del desconocido, y con su dinero construyeron

muchos pensamientos. La hija, Ana María, hubiese preferido recibir con el paquete... á Enrique. ¡No era tan boba como lo parecía!

Pasaron los días y «Relámpago» se enamoraba más y más de su... empleo.

Ella lo sabía aunque no se lo hubiera dicho él nunca, y lo estimulaba proyectando de continuo paseos por la ciudad y elogiando su pericia automovilística.

—¡Tiene usted una manera preciosa de conducirla!—le manifestó entusiasmada una vez.

—¡No tan preciosa como usted... como usted pretende, señorita!—respondió él con malicia.

Ocultó ella una sonrisa y prosiguió:

—Me gusta que un hombre se enorgullezca de su trabajo, por ínfimo que sea éste... siempre que no pretenda ser más de lo que es.

—Le digo en verdad, señorita, que estoy enamorado... de este trabajo mío.

—Ya se vé que le tiene usted mucho cariño.

—Sí, señorita, le tengo un cariño inmenso.

Se hacían el amor de manera encubierta. Enrique avanzaba enormemente en el terreno de la seguridad de conquistar á Sarita y ésta, por su parte, se complacía en instigar con su charla en confianza á Enrique, á prendarse de ella.

Un día, más hermoso que los otros días... para ellos, las lecciones de *chauffeur* fueron más largas que de ordinario, como también *más directas* sus *indirectas*. Enrique se convenció de que ya había llegado la hora de pronunciar la palabra decisiva en aquel juego de amor, y, con una habilidad pasmosa, ejecutó un arriesgado ejercicio con su auto, virando casi en redondo para evitar un choque con otro coche al que intencionadamente le salió al paso. Su intento no había sido otro que

asustar á Sarita, y conseguir que se hiciera traición revelando, en aquel instante de inminente peligro, sus verdaderos sentimientos hacia él. Consiguiólo, pues Sarita se arrebujó contra Enrique para que la protegiera; y lo hizo con tal fe, tal vehemencia, que no cabía duda que á su gesto iba unido un deseo...: vivir los dos. Ya no quiso fingir más su amor Enrique, y estrechándola más contra su pecho, mientras conjuraba la desgracia, exclamó lleno de emoción:

—¡Sarita de mi vida! ¡Si quisiera usted asirse á mí de ese modo por toda la existencial...

Confusa, Sarita, pero no arrepentida, que no es lo mismo, le contestó:

—Es usted un verdadero relámpago en todas sus cosas... Este es un asunto para tratarlo con más calma.

Eso significaba que Sarita anhelaba lo mismo que Enrique, y éste ya no quiso oír más porque la respuesta de Sarita no precisaba aclaración alguna.

Y en mitad de una amplia calle, interceptando el importante tránsito rodado, detuvo Enrique su auto para transportarse con Sarita á otras regiones, prometiéndola cosas bellas, ignoradas y apetecidas, deliciosas, como para ella suponía el primer beso de amor en unos labios amantes...

A las protestas de los que ocupaban los coches que seguían en fila, atendiendo á las ordenanzas municipales, al auto de las recientes presas del cupidito travieso, sumióse la amenaza del policía de servicio de multarlos.

Enrique y Sarita regresaron de su viaje por las esferas celestiales y aquél, contento como un niño á quien se regala una pelota de *football*, envolvió al urbano en una mirada de simpatía y le dijo á la oreja:

—¡Guardia, felicítenos! ¡Acabamos de prometernos amor y felicidad hasta el resto de nuestros días!

—Por esta vez pase... pero no vuelvan á repetir esas distracciones—les contestó el policía riéndose.

El auto parecía ahora infiltrarse en una ruta nueva, sin obstáculos y bordeada de azahares... Era la ilusión de dos corazones que querían alcanzar pronto el horizonte azul de la dicha...

El detective del Banco ^{**} no había encontrado todavía indicio alguno que lo pusiera sobre su pista y el Director señor Pherson se puso en contacto con la Agencia de Detectives, también sin resultados desde dos días de pesquisas.

—Pero si era Enrique Carr el hombre á quien arrojaron del Banco, ¿en donde demontres se ha metido?—preguntábase el Director.

Si se repetía á menudo esta pregunta era porque aquella noche precisamente tenía el señor Ogden, tío de Enrique, anunciada su llegada.

Previendo el Director que si el tío del desaparecido se enterase de la verdad, anularía su promesa de formar parte de su Sindicato, buscó una solución provisional para dar más tiempo á los detectives de encontrar al extraviado sobrino.

Y se acogió á una idea que la vista de Enrique, ó sea el *chauffeur* elegante de su hija, en el jardín hablando con ella—aunque lejos estaba de suponer lo que decían—, le mandó llamar, temiendo un buen rato los dos jóvenes que el padre de ella, enterado de sus amores y proyectos, iba á desbaratarlos.

Pero de nada de eso se trataba ni se podía tratar puesto que en el asunto sentimental aludido el señor Pherson era un extraño.

He aquí lo que quería el padre de Sarita:

—Mire usted, esta noche llega el señor Ogden y espera encontrarse aquí con su sobrino, al cual no ha visto desde hace veinte años. Este sobrino se llama Enrique Carr «Relámpago» de apodo, y ha desaparecido... Yo deseo que ocupe usted el lugar de ese sobrino, por unos días solamente. ¿Cree usted que podrá desempeñar este papel?

Enrique, que no lo era para el señor Pherson, sino Barry Cole, contuvo la risa que le cosquilleaba en la nariz. La aventura no podía ser más divertida. ¡Hacerse pasar por sobrino de su verdadero tío era cosa para morirse á carcajadas! Siguió la farsa y contestó:

—Trataré de hacer del mejor modo posible lo que el señor desea.

—Bien. Tenemos esta noche otros invitados, además del señor Ogden. ¡Mucho cuidado cuando se encuentre en compañía de señoras! ¡No pierda usted los estribos!

—¡Oh, no! Esté tranquilo el señor—repuso Enrique mordiéndose luego los labios para que no se le escapase la risa.

—Solamente se trata de muy poco tiempo, pasado el cual, se volverá Ogden satisfecho á sus minas de Alaska.

Los detectives ^{**} lograron aquella tarde encontrar un indicio á propósito de la misteriosa desaparición de «Relámpago», en casa del predero, en las iniciales del reloj que empuñó.

—¿Cuándo dejó el señor Carr este objeto en su poder?—le preguntó uno de los agentes al prestamista.

—¡Qué Carr, ni qué niño muerto!—replicó malhumorado—. Este reloj lo dejó aquí un tipo muy ordinario, que se llama Barry Cole.

—¡Malo!—exclamó el mismo detective, que era el jefe—¡Carr fué indudablemente desvalidado por Barry Cole... un ladrón de oficio! ¡Robo y desaparición! ¡El asunto presenta mal cariz!

Por la noche.

El señor Pherson daba los últimos consejos al *chauffeur*, vestido de frac, y se alegraba de ver en él un tipo indicado para representar el papel de sobrino de un millonario. La verdad era que Enrique lucía el traje de etiqueta como pocos verdaderos *gentlemen*.

Llegó el señor Ogden y el señor Pherson dijo por lo bajo á Enrique que aquél era su tío.

Empezaba la broma y por milagro pudo Enrique disimularla.

Como el tío no había visto á su sobrino desde hacía veinte años, el señor Pherson le presentó á Enrique como tal. Lo miró un instante el minero y, al fin, abriéndole sus brazos, donde aquél se arrojó, le dijo con alegría:

—¡Vaya con Enriquitó!... ¿Sabes una cosa? ¡Eres el vivo retrato de tu madre!

Ahora se reía el señor Pherson, del error del tío.

En esto, apareció Sarita y la cabeza le dió vueltas al ver á su *chauffeur* transformado en *dandy*.

El señor Ogden la besó—pues la conocía de pequeñita y había pasado en sus posesiones algunas temporadas.

—¿Qué tal se está portando el tunante de mi sobrino?—la preguntó luego refiriéndose á Enrique.

Sarita, pasmada, iba á preguntar á su vez, lo que aquello significaba, pero su padre y Enrique le indicaron que no cometiese una indiscreción.

Tan pronto pudo, Sarita salió de la habitación en que ellos estaban, y sin pensarlo mucho, para consolarla, Enrique la siguió á otra habitación.

El tío se fijó en esta operación y le guiñó el ojo á Pherson diciéndole:

—¿Su hija de usted y mi sobrino no forman mala pareja, eh?

Ya no se reía tanto el señor Pherson...



...pero su padre y Enrique le indicaron que no cometiese una indiscreción.

—Sarita, mujer, no seas así. ¿Por qué te enfadadas? He aceptado este papel ingrato, para hacer un favor á tu padre.

—¡No importa! ¿Cómo puedes *pretender* ser una cosa que no eres?

—¡Pero es que no *pretendo* nada!

—¿Cómo?...

—Quiero decir... no *pretendo* más que hacer un favor á tu papá.

—Pues le harás un favor á la hija rompiendo inmediatamente la licencia de casamiento que te autoricé á pedir, cuando ignoraba la doblez de tu carácter.

—No es más que una broma sin importancia.

—No tolero estas cosas.

—Sarita, tesoro de mi corazón. Fíate de mí. Todo quedará aclarado satisfactoriamente á su debido tiempo.

—Yo te quiero tal como te he conocido, siendo lo que eres.

—Ya lo sé; y tú no sabes la inmensa felicidad que nos espera, precisamente porque es amor y no interés lo que nos guía.

El tío y el Banquero sorprendieron casualmente á los enamorados, y el primero, ocultándose con el segundo para espiar, dijo á éste:

—¿Qué tal el chico? ¡Una alhaja! ¡Nada, nada, es «Relámpago» y no usurpó ciertamente el nombre!

El señor Pherson no pudo evitar un impulso de ir á interrumpir la plática de los palominos —peligro que ignoraba—, pero se lo impidió el tío.

—¡Déjelos que se arrullen! —le dijo—. Más tarde les daremos la bendición, ¿no?

La risa del señor Pherson se había convertido en una furia interior más quemante que la lava de un volcán.

Los detectives vinieron en conocimiento de que una agencia de automóviles había expedido una licencia á nombre de Barry Cole y ya sólo les faltaba, para saber el paradero de éste, preguntar en dicha agencia en qué casa prestaba sus servicios.

El interés de los detectives en detener á Barry Cole creció cuando el propietario de un

hotel recabó su ayuda para dar con él, pues declaró que un sujeto llamado así se había llevado todos los fondos que tenía en la caja.

Al día siguiente, de madrugada, «Relámpago» esperaba impaciente á Sarita para casarse, según habían convenido, ante el pastor de la primera aldea que encontrarán.

Como ella se hiciera desear mucho rato después de la hora fijada, Enrique temía que su padre hubiese descubierto su propósito y se opusiera á que por ningún medio se realizase.

Pero no duraron mucho sus dudas, pues Sarita apareció, tarde eso sí, mas muy decidida y risueña.

Subieron prestamente al auto y emprendieron una vertiginosa carrera como si quisieran evitar rápidamente un peligro.

En la encrucijada del camino donde se hallaba la casa del señor Mac Pherson, se apostaron los detectives—que ya tenían todos los datos precisos sobre el malhechor Barry Cole, *chauffeur* para despistar—, y al ver salir en el auto á Enrique y Sarita, se alarmaron, y en otro auto los persiguieron, convencidos de que él era el que ellos andaban buscando y de que trataba de fugarse raptando incluso á la hija de su principal.

Enrique notó que otro coche intentaba alcanzar el suyo, y á la exclamación que lanzó Sarita asustada, «¡será papá!», contestó él bromeando, en la seguridad de burlar á los perseguidores: «vamos á pasear un poco más de lo que habíamos previsto, pero marearemos á papá y luego desapareceremos como por encanto dejándolos á todos con un palmo de narices».

El paseo duró una hora y ésta fué pródiga en comicidad. Enrique, con su maestría en el

volante, les hizo subir la sangre en la cabeza á todos con paradas repentinas, virajes arriesgados, hasta que llegó á casa del pastor.

Este se negó á casarlos sin un testigo á lo menos, y como el tiempo apremiaba, pues los perseguidores estaban cerca, obligó al pastor y á una mujer que iba en dirección á ellos á acomodarse en el auto.

En camino de regreso y siguiendo burlando á los detectives, se casaron Enrique y Sarita entre sustos y sacudidas... del auto... y del corazón.

Ya casados, Enrique voló hacia la casa del padre de Sarita, ganándoles una ventaja enorme á los detectives, que sabían lo eran y no el señor Pherson como supusieron al principio.

Desde el jardín, Sarita empujó á Enrique, su marido, hacia el interior de la casa para que confesara al padre lo que habían hecho.

Entró Enrique en el despacho del Banquero, más confiado de lo que podía figurarse Sarita, y su presencia fué acogida con un saludo de su tío que estaba allí discutiendo el asunto del Sindicato con el señor Pherson.

—Hola sobrino, llegas á propósito. Toma, firma este cheque. Es dinero tuyo que te aconsejo deposites en la caja del Sindicato que el señor Pherson está organizando. ¡Un gran asunto!

Enrique obedeció... pero el Banquero, á quien el doble papel de su *chauffeur* lo tenía vuelto al revés, no aceptó el cheque, puesto que quien lo firmaba no era, según él, el verdadero Enrique Carr.

—¡Cómol! ¿No le merece confianza la firma de mi sobrino?—le preguntó el tío.

Obligado por su honradez y por el rencor que le había cobrado al aprovechado *chauffeur*, el Banquero contestó:

—¡Ogden, tengo que hacerle una confesión!.. ¡Induje á este joven á que se hiciera pasar por su sobrino! ¡Es un impostor!

—¿Ah, sí? ¡Conque yo he sido burlado! ¿Con qué objeto quiso usted, Pherson, llevarme á engaño? ¡Ah, lo comprendo, y le pido una satisfacción en el acto!

—¡Ahora hablaremos, Ogden! ¡Usted, Barry Cole, lárguese!... ¡Miserable impostor!

Sarita apareció ávida de saber el resultado... de la confesión.

—¡Alto, papá! ¡Está usted ofendiendo á mi esposo!—exclamó la muchacha al oír á su padre.

Ni un golpe dado en su cabeza con una maza, hubiera producido mayor conmoción al señor Pherson, y gracias á la intervención del tío, *que lo era y no lo era*, no se comió el Banquero á su *chauffeur* maldito.

Y llegaron precipitadamente y coléricos, los detectives.

—¡Ah, he aquí á Barry Cole! ¡Al fin lo tenemos!

—¡Sí, este es Barry Cole!—intervino el Banquero—¿Qué otro crimen ha cometido?

—Se le acusa de haber asesinado á Enrique Carr y de robo...

Ahora sí que nadie sabía donde tenía su cabeza.

Y en medio del estupor general, Enrique se decidió á hablar, considerando que la cosa tomaba un cariz reñido con la broma, y que ya se había divertido bastante.

—¡Yo soy Carr, «Relámpago»!—dijo.

—Este no es Barry Cole—añadió el hosteleros robado.

—¿Qué? ???

—Yo soy Carr, digo... y éste, Juan Ogden, es mi tío.

El minero intervino:

—Si eres Enriquito, contesta á una pregunta: ¿Qué pescaste en la expedición que hicimos á la cañada del cuervo?

Espectación.

Rióse Enrique y tranquilamente repuso:

—Pescamos... tres salmones, una trucha... ¡y un resfriado de padre y muy señor mío!

—¡Es el tunante de mi sobrino! ¡Es él, por



—¡Ah, he aquí á Barry Cole! ¡Al fin lo tenemos!

vida de mi abuela!—certificó abrazándolo el tío.

Al mismo tiempo un detective recibía la comunicación de la Agencia de que el auténtico Barry Cole había sido detenido.

Desaparecieron, previas excusas, los policías, y se calmaron lentamente los demás.

Y mientras el tío, que se reía la mar ante la famosa aventura del tunante de su sobrino, se reconciliaba y lo reconciliaban con el Ban-

quero, avergonzado de haberse burlado él mismo, Enrique llevó á Sarita afuera, junto al auto, para contárselo todo sin omisión de detalle alguno.

—...¡Y este es el auto que me robaron los miserables!...—la dijo finalmente.

Las explicaciones de Enrique satisficieron á Sarita... pero surgió una duda... celos...

—¡Entonces, explícame una cosa, Enrique!



—¡Esperar los piecitos de una Princesa Encantadora que al fin he encontrado!

¿Qué hacían en tu coche aquellos zapatos de raso?—le preguntó.

—¡Esperar los piecitos de una Princesa Encantadora que al fin he encontrado!

—¡Cómo has sabido engañarme fingiendo ser de clase humilde!

—Alegráte de ello porque de mi engaño nació la verdad de nuestro amor por amor.

—¡Relámpago mío!
 —¡Princesita Encantadora!...
*Y aquí se acaba el sainete.
 Perdonad sus muchas faltas.*

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

LA DOLORES

inspirada en el famoso drama del insigne
 = dramaturgo JOSÉ FELIU CODINA =
 Asunto de gran emoción = ENORME ÉXITO

Postal-fotografía

TULLIO CARMINATI

La Novela Semanal Cinematográfica
 Sale todos los miércoles = Precio 25 céntimos

ÚLTIMO ÉXITO DE NUESTRA BIBLIOTECA

Los Grandes Films

EL TRIUNFO DE LA MUJER

HOTEL RITZ

Baile Infantil de Trajes
 y Thé Dansanté Benéfico

para el Sábado tarde 1.º Marzo, víspera
 de Carnaval, organizado y á provecho de
 la "Real Asociación del Arbol de Noël"